

ETERNO ANTAGONISMO

La envidia, ese era su mayor pecado capital.

Desde muy pequeña había codiciado todo lo que tenía ella, todo lo que la representaba, todo lo que la rodeaba; la envidiaba por entero. Cuando la conoció, no contaban con más de cinco años, pero las ansias irrefrenables por arrebatarse lo que tenía ya despuntaban desde su niñez. Cada vez que se encontraban en la casapuerta, aprovechaba para quitarle la única muñeca de trapo que acompañaba los juegos de la niña. Le divertía ver cómo sollozaba y se lamentaba de su jugarreta, pero siempre había alguien que la auxiliaba, que la arropaba, que se apiadaba de ella y le devolvía su muñeca, dejando a la envidiosa maltrecha y con sed de venganza.

Intentaba copiar sus dulces andares, pero la esquelética figura de la envidiosa hacía que sus pasos se volvieran torpes y erráticos. Se afanaba por imitar los graciosos bucles de ébano que poblaban su cabello, pero el poco pelo débil que nacía en su cabeza actuaba con rebeldía, desafiándola cada mañana frente al espejo. Y su cara angelical, redonda y risueña, reflejaba una vida plena que contrastaba con la suya, amarga, avinagrada, llena de frases tales como “quiero y no puedo” “esto es solo mío” o “yo primero, y por último también yo”.

Aunque su status social la superaba con creces, nunca descansaba a la hora de alardear de objetos valiosos frente a la niña. Cuando conocía algo que ella anhelaba, ponía todo su empeño en conseguirlo, costase lo que costase. Recuerda con orgullo un bolso de piel oscuro que consiguió que le regalaran sus padres tras conocer que la niña le había echado el ojo en el escaparate de

la tienda. Sabía de sobra que no podía permitírselo, por eso era mayor su triunfo.

Pero todos sus esfuerzos no valían de nada frente a los demás, frente a la gente que la rodeaba. Parecía que vivían bajo el hechizo de su aura. Nunca se peleaba con nadie, nunca la dañaban, nunca dudaban de ella. La veneraban y la seguían cual mesías con cuerpo de infanta, tratándola casi como si hubiese sido santificada.

En cuanto a sus habilidades, las aptitudes sociales y empáticas la habían llevado a ejercer como ayudante auxiliar de enfermería, bajo la tutela de Pepe, el practicante del pueblo. Atendía y comprendía como nadie a los enfermos que los visitaban, y apreciaban su labor regalándole miel, quesos y dulces elaborados por ellos mismos. Todo el amor que ponía en su trabajo se veía recompensado, volvía a su persona como un boomerang, se multiplicaba a su paso como un camino de hierba floreciente.

Todo ello conllevó en caer en una depresión profunda, llena de metas inalcanzables, de sueños desorbitados, nada conseguía llenar aquel hueco oscuro, aquel agujero negro en que se había convertido su corazón.

Hace años que la perdió de vista, pero ahora toda esa envidia ha renacido de nuevo. Al abrir esa carta y echar un vistazo a la foto color sepia, un fuego ha renacido en lo más hondo de sus entrañas. En ella, la tierna Beatriz aparece portando una gran hogaza de pan y, tras repartir a sus compañeras y amigas unas cuantas manzanas, las exhibe con orgullo mientras Vicenta la envidiosa agarra con rabia su bolso de cuero, intentando acaparar el centro del retrato

para ser el centro de atención. Aquella foto refleja el eterno antagonismo entre ellas, el yin y el yang, la B de Beatriz y la V de Vicenta.

Aquella invitación de reencuentro de antiguas alumnas le daría la oportunidad de volver a intentar la revancha. Aquella cita sería el remedio más eficaz contra esa depresión perpetua que no ha podido borrar las mil y una pastillas que ha ingerido. Vestiría sus mejores galas, volvería al umbral de la Escuela de San Pedro de Gaíllos, retrocedería a aquel invierno del cincuenta y nueve, acudiría a la cita con su viejo y raído bolso de cuero y reclamaría su postre, su manzana podrida.

Viernes, nueve en punto de la mañana, aprobado el confinamiento nacional.

¿Cómo podía ser? Después de tanto planear, de sus objetivos, de sus pasos estudiados al milímetro... No podría llevarlos a cabo. De pronto, los astros vuelven a alinearse contra su venganza. Una maldita pandemia venida de dios sabe dónde arruina aquel día. Ya conocía el final de aquel fatídico episodio. Todas las antiguas alumnas de su promoción lamentarían aquel contratiempo, buscarían un medio alternativo para llevar a cabo la reunión, quizá un whatsapp, y en ese grupo ella sería la mayor protagonista. Después de vanagloriar su suerte a pesar del encierro, sacaría partido de su situación para ofrecerse como alma caritativa. Las demás la idolatrarán, la premiarán con frases aduladoras, la admirarán aún más, y se pondrán a su disposición incondicionalmente. Se pasará los días relatando sus proezas solidarias, dando sabios consejos, ejerciendo de amiga, confidente y psicóloga. Y si tiene la mala fortuna de contraer este nuevo virus, seguro lo pasará de manera asintomática, o sus síntomas serán leves. Y tras crear su cuerpo suficientes defensas, se

pondrá a disposición del Estado para donar su inmunidad, para regalar sus preciados glóbulos color marfil, para ayudar desinteresadamente a salvar cientos de vidas, para aportar su maravillosa genética a la ciencia de una vacuna eficaz.

Entre repentinos ataques de tos, retrata en el móvil su rostro recién maquillado, acompañado de un moño que con cuidado ha perfilado en su escaso pelo. Y por último, coloca junto a ella aquel objeto fetiche, aquel bolso, y sitúa la fotografía como su icono perpetuo del grupo de antiguas alumnas. Esta será la primera, última y única entrada que regalará a sus compañeras. Luego guarda su tesoro en el rincón más oscuro de su vestidor y prepara un cuartel general frente a una de las ventanas que dan al exterior. Allí, aguardará cada día las idas y venidas de su enemiga, que aun con la mascarilla puesta sembrará a su paso la semilla de su aberrante bondad, pavoneándose ante su casa al ir a comprar el pan, alimentando la envidia de su alma, su pecado capital, su eterna antagonista.